



“Nosotros sabemos que ni en la derecha ni en la izquierda está el remedio, sino en el resurgimiento de la auténtica España de debajo, estructurado en sus unidades reales: familia, municipio y sindicato. Entonces tendrán que guardar silencio los charlatanes de la política y ganarse el pan los parásitos...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 364 (2ª Época). Enero 2023

- 1. ¿Lastre o tesoro?. Manuel Parra Celaya**
- 2. Un lucero en la solapa. Carlos León Roch**
- 3. Quien no tiene límites, se pasa. David Guillem-Tatay**
- 4. El mundo sigue. José María Ramírez Asencio**
- 5. Unidad, nación, soberanía. Hughes**
- 6. El álbum que unió a José Antonio con Lorca y Machado. Víctor Fernández**
- 7. La huella imborrable de José Antonio en Alicante. José Luis Fernández**
- 8. Los fusilamientos de 1942; el final del falangismo. Gustavo Morales**
- 9. Luis Santa Marina, el escritor maldito. Luis Togores**
- 10. Como un Amadís de Gaula. Federico de Urrutia**

¡Hay que ver la cantidad de objetos, recuerdos, trebejos y chismes que llegan a acumularse en un domicilio particular! Los que ya contamos algunos años en nuestro haber -vamos a llamarle, piadosamente, que hemos llegado a una edad madura- hemos ido guardando celosamente elementos que han significado o siguen significando para nosotros evocaciones constantes de distintos momentos de nuestra vida; esa acumulación no sabemos, a veces, si se debe a su posible utilidad o responde a una mera nostalgia. No es extraño que su persistencia entre nosotros sea origen de amables discusiones con la cónyuge respectiva en pro de su permanencia o desaparición.

En mi caso particular, además de una copiosa biblioteca y una (desordenada) hemeroteca, prevalecen los que presidieron momentos gozosos de mis años mozos; concretamente, para ser más claro y sin tapujo ni vergüenza alguna, los de mi trayectoria en las actividades del Frente de Juventudes: insignias, metopas, banderines de campamentos, distintivos..., y no digamos fotografías añejas, aquellas que tomábamos con cierta prevención de ahorro económico, por lo que costaba el carrete y su revelado.



Cada principio de año nos sumimos en profundas meditaciones y tenemos la tentación de aligerar este cargamento de recuerdos y dejar huecos hábiles en nuestro hogar, pero siempre nos resistimos tenazmente a ello, porque nos parece que constituiría una especie de traición a nuestro pasado, a unas etapas ilusionadas e ilusionantes; así, como mucho, recolocamos los tesoros: escondemos aquel tótem de una acampada o aquella piedra guardada como testimonio de una ascensión, sacamos el polvo del viejo piolet de madera que ahora sirve de adorno, sustituido por otro más moderno, o nos pasamos una tarde abriendo y cerrando cajas donde hemos depositado objetos, alguno de los cuales puede ser reminiscencia de una lejana infancia, pero no nos atrevemos, al cabo, a desprendernos de nada.

Quién sabe si algún día nuestra manía dará lugar a una revalorización de este material por parte de nuestros descendientes, dotados de cierto orgullo; por el contrario, hemos comprobado -tristemente- como algunas colecciones de amigos ya

fallecidos ocupan hoy día un lugar en tenderetes y puestos de rastros o encantos, situación ocasionada por la renuncia de hijos y nietos desaprensivos a la memoria de sus deudos; no en pocas ocasiones, esta actitud encierra un modo de ocultación de sus orígenes familiares no políticamente correctos; claro que, en casos más curiosos y sangrantes, se han quemado lo que podrían ser pruebas de testimonios non sanctos para brillantes carreras políticas actuales. Espero que este no será mi caso...

Lo cierto es que los mercadillos de ocasión están repletos de estas que llamaríamos chucherías familiares; abundan, por ejemplo, desde el final del siglo anterior emblemas y condecoraciones de la extinta URSS, cuyos donantes se han fabricado apresuradamente un linaje democrático; en el excelente libro “Italia fuera de combate”, de Ismael Herráinz se cuenta que las aguas de las alcantarillas de Roma bajaban repletas de emblemas fascistas, y es que en todas partes cuecen habas, como se puede comprobar fácilmente en nuestros lares desde la Transición.

Se me argumentará que este abandono es legítimo, y que estas acumulaciones propias de gente guardadora (en expresión del olvidado escritor Francisco García Pavón) solo representaban algo para quienes vivieron sus propias experiencias; discrepo: sin entrar en matices ideológicos, todo ello forma parte de vivencias personales propias de cualquier comunidad histórica que se precie.

También se me ocurre que lo mismo sucede con los legados históricos colectivos que han heredado los pueblos y las naciones, de su tradición, que no es decente ocultar por mucho que hayan cambiado las circunstancias; mucho menos, expurgar de los museos públicos aquella parte del pasado que puede molestar a los detentadores del presente, como está ocurriendo en España.

Parte de un legado tradicional habrá perdido actualidad, como es lógico; entonces, sin olvidar lo sustantivo, lo esencial del pasado nacional, deberá ser sustituido en la vida práctica de cada día, especialmente en lo adjetivo; recordemos que el mejor homenaje que podemos rendir a un clásico, al que se esforzó de alguna forma por la colectividad en el pasado, no es repetir lo que él hizo en su momento, sino adivinar lo que haría si se encontrara en el nuestro, con las mismas o con otras ideas de moda. Esa sustitución o cambio merece ser llevada a cabo con total respeto, manteniendo la huella del clásico en cuestión como muestra de respeto y de acicate para el futuro.

Otra parte del legado histórico, el que corresponde a la esencia de una patria, deberá ser conservado y mejorado constantemente; esa mejora puede incluso encerrar radicalidad revolucionaria (del latín, *res novae*, cosas nuevas), pero no debe ser olvidada ni anulada en la memoria de quienes les suceden en el tiempo. Esa memoria

acumulada constituye un precioso tesoro, no un lastre prescindible al antojo de otras generaciones olvidadizas.

Volviendo a mi particular colección de recuerdos, afirmo que ni olvido ni reniego de nada, aunque siempre procuraré que una legítima nostalgia no sirva de freno para vivir el presente: mi presente y el de todos los españoles. Me viene a la memoria la estrofa de una vieja canción, que cantaron muchísimos jóvenes de tres o cuatro generaciones, que aseguraba que “de la entraña del pasado nace mi revolución”. De la entraña viva y permanente, evidentemente, pues la historia -aunque muchos lo estén intentando aviesamente en su parte más negativa- nunca se repite.

2

Un lucero en la solapa

Carlos León Roch

Me preguntaron: ¿Qué es esa estrella que llevas en la solapa? No, no es una estrella sino un lucero, un astro del cielo que solo brilla menos que el sol y que la luna. Y recordé. Estos días se ha cumplido el 82 aniversario de la creación del Frente de Juventudes, “la obra predilecta del Régimen”, decían entonces ¡1940! Fue una obra inmensa en un país destrozado por la guerra, hambriento, aislado, asediado por los vencedores de la II guerra mundial, la URSS entre ellos. En sus campamentos, en sus tiendas de campaña, aprendieron -aprendimos- a compartir, a cantar canciones de esperanza, a amar a la naturaleza. Nunca supimos si el padre del camarada que dormía a mi lado había luchado en uno u otro bando ”... *cubre tu pecho de azul español, que hay un hueco en mi escuadra...*”.

Años después, en la vida universitaria, muchos conocimos a oficiales instructores, que fueron nuestros maestros de aquella esperanzada sinfonía de voluntades. Y se fundó la “Agrupación de Antiguos Miembros del Frente de Juventudes”, que se extendió por toda España, con fuerte presencia política en Madrid (Hogar en la calle Floridablanca –ya desaparecida también- junto a las Cortes. Inolvidables Luna Gijón, Manuel Cantarero ,el afortunadamente presente Luis Fernando de la Sota y tantos otros magníficos amigos y camaradas.



Al mencionarlo, la figura de Cantarero adquiere una dimensión histórica defraudada. Ante la rigidez dogmática de muchos, Cantarero entreabrió una puerta de entendimiento con la política posible. Sus libros de lealtad e innovación sorprendieron...e inquietaron. “*Ideas Actuales*”, publicado en 1970 y los libros que dedicó a Falange y Socialismo, abrió el ojo izquierdo del falangismo.

En la actualidad “Cuadernos de Encuentro”, que preside Luis Fernando de la Sota mantiene abiertos los dos ojos. En aquellos años 70 surgió el lucero que brilla en mi solapa...

3

Quien no tiene límites, se pasa

David Guillem-Tatay

Ante la deshonrosa situación política que estamos viviendo, he acudido a las Obras Completas de José Antonio con el objetivo de averiguar si había alguna reflexión o análisis sobre una situación semejante con el objetivo metodológico de realizar una comparativa. No esperaba encontrar gran cosa, sinceramente. No por nada. Es que las condiciones sociales, políticas y jurídicas de los años treinta no son las mismas que las de ahora. Por razones evolutivamente obvias.

Y estaba equivocado. José Antonio dice cosas muy sensatas y razonables que, mutatis mutandis, se adaptan y aplican a los sucesos políticos que, con vergüenza, estamos viviendo. Me refiero al texto titulado “Orientaciones hacia un nuevo Estado” (1971, pp. 37-38). Permítaseme extraer algún párrafo. Lo digo porque será largo. Pero merece la pena leerlo. Tanto, que hasta diría que apenas requiere comentario alguno.

“El Estado liberal permite que todo se ponga en duda, (...). Sólo hay una limitación: la Ley. (...) Ahora que, ¿qué es la Ley? (...).”

La Ley –el Derecho- no se justifica para el liberalismo por su fin, sino por su origen. Las escuelas que persiguen como meta permanente el bien público consideran buena ley la que se pone al servicio de tal fin, y mala ley, la promulgue quien la promulgue, la que se aparta de tal fin. (...).

Lo justo para el liberalismo no es una categoría de razón, sino un producto de la voluntad. No hay nada justo por sí mismo. Falta una norma de valoración a que referir, para aquilatar su justicia, cada precepto que se promulgue. Basta con encontrar los votos que lo abonen. (...).”



Cierto es que habla del Estado liberal, pero el contenido de lo que dice sí es exportable a lo que está ocurriendo. La comparativa, pues, no resulta forzada, ni mucho menos. Pues bien, como sabemos, el Partido Popular (en adelante, PP) ha entendido que sus derechos han sido vulnerados (artículo 23 de la Constitución Española, en adelante CE) por una cuestión de procedimiento legislativo mal traído, probablemente a conciencia.

El Tribunal Constitucional (en adelante, TC) le ha dado la razón declarando que se vuelva a tramitar las pretensiones del Gobierno, pero haciéndolas por el cauce que ordena la CE y las Leyes. Nada más.

Ni les prohíbe hacerlo ni está realizando una injerencia indebida en el Poder Legislativo. Lo único que les ha dicho, sobre la base del artículo 56.6 LOTC, es, dicho de otro modo: “deténganse, vuelvan a hacer ustedes su trabajo, pero en esta ocasión háganlo bien”. Como diría Ortega, “piensa antes de hablar, ¡pero piénsalo!”.

Sin embargo, las declaraciones de los políticos que forman parte del Gobierno o que son afines a él han ido en una línea más allá de la crítica, utilizando incluso la mentira o la media verdad: atentado contra la Democracia, contra la división de poderes, golpe de Estado judicial,..., llegando a alegar torticeramente nada menos que la inviolabilidad de las Cortes Generales (artículo 66.3 CE), cuando dicho concepto nada tiene que ver con el derecho que ha ejercido el PP: si tuviera que ver, la CE no les daría el derecho a ejercer el Recurso de Amparo (ni los demás Recursos pertinentes), ni al PP ni a ningún partido.



¿Cuál es la finalidad que persigue el Gobierno y afines? La primera es crear cizaña engañando o, como dice José Antonio, “que todo se ponga en duda”. De este modo su relato es comprado, al menos, por sus seguidores, quienes no sólo no escucharán otras explicaciones, sino que no leerán las Leyes aplicables al caso. El Gobierno, conocedor de esta realidad polarizada, sabe que su relato se vende fácil.

Cuando, en contra de lo relatado por el gobierno et ad lateres, además de lo argumentado supra, no todo está al alcance de las mayorías. En palabras joseantonianas, falta una finalidad fundamental, una meta: “el bien público”, concepto que incluye también los derechos de las minorías, en este caso de los diputados y,

redimensionando, de los ciudadanos que les han votado, porque les representan. Las mayorías no necesitan más protección porque se protegen por sí mismas. Quienes necesitan protección son las minorías. Al menos en un Estado democrático, si aspira a ser tal.

Concretando: querer introducir enmiendas en una proposición de ley que nada tiene que ver con tales enmiendas infringe un elemental principio de homogeneidad al no existir conexión entre tales enmiendas y el Texto que se pretende aprobar (SSTC 119/2011, 136/2011 y 172/2020); amén de que mediante la proposición de ley evitan los mecanismos de control preceptivos; y, finalmente, aprobando esa proposición de ley se aprobarían las meritadas enmiendas sin previo debate, vulnerando los referidos derechos. Dichas enmiendas tenían que ver, nada menos, con la reforma de dos Leyes Orgánicas, sobre el TC y el Consejo General de Poder Judicial.

Es que, recordemos vuelve a decir José Antonio, “no hay nada justo por sí mismo. Falta una norma de valoración a que referir, para aquilatar su justicia, cada precepto que se promulgue”. Esa norma, en nuestro caso, es la CE y el resto del Ordenamiento Jurídico, CE y Ordenamiento al que los ciudadanos y los poderes del Estado se deben, nos debemos (artículo 9 CE). Porque si no, como acaba diciendo José Antonio, para hacer cualquier justicia barata en derechos bastaría únicamente con encontrar los votos que la abonen.

Hemos dicho que la primera finalidad del Gobierno y afines es poner en duda todo creando cizaña. Y decimos la primera porque la finalidad última, la que se esconde detrás de sus intenciones y declaraciones, es dominarlo todo sin cortapisas, que es tanto como decir cambiar el actual modelo de Estado social y democrático de Derecho, que requiere contrapesos y equilibrio, debate y deliberación; no, como está sucediendo, concentrar poder vulnerando derechos y concediendo privilegios para mantenerse en ese poder.

Cierto es que las Leyes las promulga el Poder Legislativo, pero no es lo mismo hacer leyes que creerse ser la Ley y, además, reiteramos, tratar de ejercerla sin control alguno de legalidad. Lo que está en juego, entre otras cuestiones constitutivas, no es otra cosa que la paz, fin último al que aspira toda justicia. Y precisamente para mantenerla, el Preámbulo de la CE principia diciendo: “La Nación española, deseando establecer la justicia y la seguridad y promover el bien común de cuantos la integran, en uso de su soberanía, proclama su voluntad de: Garantizar la convivencia democrática dentro de la Constitución y de las leyes (...)”.

Quien no tiene límites, se pasa.

Fernando Fernán Gómez, un genio de nuestra cultura que lo hizo bien en todo lo que profesionalmente abordó en su vida, fuera la interpretación, la dirección de películas como *El Viaje a ninguna parte*, *El extraño viaje* o *La vida por delante...* el teatro o la literatura (*Las bicicletas son para el verano* o su autobiografía *El tiempo Amarillo*), realizó, en 1963, el que a la sazón sería su título menos visto, una película que, apenas estrenada, fue retirada de las salas y que no pudo recuperarse hasta después de fallecido su director, en el año 2015. Es por ello conocida como "la película maldita de Fernando Fernán Gómez" y similares. El film en cuestión es "El mundo sigue", basado en la novela de Juan Antonio de Zunzunegui, un drama social con todas las de la ley, extremadamente duro y una de sus mejores películas como director.

El mundo sigue, al igual que otra grandiosa película de nuestro cine, la firmada por José Antonio Nieves Conde y con guión de, entre otros, Torrente Ballester, *Surcos* (1951), es una nada complaciente visión de la España posterior a la guerra civil, la España del desarrollismo y la autarquía. La España, en fin, del franquismo. Una España que, lejos del costumbrismo o el folklorismo que retrataban otros cineastas de la época, sangraba por la herida de la pobreza, la miseria y las desigualdades sociales. No en vano, al comienzo de *El mundo sigue*, tras un fundido en negro posterior a los títulos de crédito iniciales,

se puede leer esta premonitoria cita de Fray Luis de Granada que nos avisa de que lo que vamos a ver es dramático, tal vez injusto, y en fin, profundamente humano: "Verás maltratados a los inocentes, perdonados los culpados, menospreciados los buenos, honrados y sublimados los malos; verás los pobres y humildes abatidos, y poder más en todos los negocios el favor que la virtud", ("Guía de pecadores", libro 1, parte 3ª, cap. XXVIII).

Fernando Fernán Gómez nació accidentalmente en Lima (Perú) un 28 de agosto de 1921, y se trasladó pronto a España con su madre, también actriz y ferviente



anarquista. Vivieron la segunda república, pero también la Guerra Civil. En 1936 se afilió al sindicato de actores de la CNT y comienza a intervenir en pequeños papeles hasta que, ironías del destino, es Jardiel Poncela, que colaboró hasta el final de la guerra civil en Prensa y Propaganda de Falange Española y de las JONS y había tenido que exiliarse en 1937 por haber sido denunciado y detenido por los milicianos rojos acusado de haber ocultado en su casa un ex ministro de la República, el que le descubre y le da su primer papel en Eloísa está debajo de un almendro en 1940.

Coincidiendo con la reciente reedición de sus Memorias, un amigo del cineasta le comentaba a la editorial: “Él se sentía libertario. Decía que el comunismo y el capitalismo habían fracasado y nos habían llevado a un mundo injusto y cruel”, en los actos públicos siempre se despedía con el puño levantado y las manos unidas y cuando falleció, en 2007, en su capilla ardiente y encima del ataúd que contenía su cuerpo, una bandera roja y negra lo cubría. La bandera anarquista.

Por su parte, Juan Antonio de Zunzunegui, el autor de "El mundo sigue", vasco nacido en Portugaleta, era un falangista de la primera hora que colaboró en la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda y también en la revista falangista Vértice, reseñando estrenos de teatro. Fue galardonado con todos los premios literarios más prestigiosos de los existentes en España y en 1957, el mismo año que ocupó su asiento Camilo José Cela, el pasó a ser el propietario del sillón “a” dejado por Pío Baroja, que había sido su principal inspiración literaria, y al que precisamente dedicó su discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Lengua.

Falangista y joseantoniano convencido, compartía fervientemente las ideas de José Antonio Primo de Rivera en cuanto a la justicia social y los males tanto del comunismo como del capitalismo a ultranza que intentaban despojar al hombre de todo vestigio de espiritualidad y solo se edificaban sobre el materialismo. Como José Antonio ponía en el centro de todo al hombre, a la persona y no al Estado. Todo esto le hizo ser muy crítico con el régimen desde casi el principio, al ver como se prostituían los principios y valores en los que creía, los de José Antonio, bajo el caudillismo de Francisco Franco. Por esto su obra, áspera, incómoda, extremadamente dura mostrando las miserias de esa España que no era por la que él había luchado uniéndose desde el primero momento al Alzamiento Nacional. Y eso fue también lo que a un anarquista convencido como Fernán Gómez sedujo de



su texto, uniéndose así un falangista camisa vieja y un libertario ácrata que con 15 años ya tenía carnet de la CNT, en la denuncia de las lacras de esa sociedad, la ambición, las envidias, el materialismo, la hipocresía o la beatería mojigata, que culminaba con un final terrible no por previsible menos trágico.

“Las derechas, sí, invocan a la Patria, invocan a las tradiciones; pero son insolidarias con el hambre del pueblo, insolidarias con la tristeza de esos campesinos que aquí, en Andalucía, y en Extremadura y en León, siguen viviendo como se vivía hace 500 años, siguen viviendo como desde la creación del mundo viven algunas bestias...”

“Mientras la terrible crisis económica actual ha arruinado o está en camino de arruinar a los modestos productores, y la masa obrera sufre como nunca la pesadilla del paro, la cifra de los beneficios obtenidos por los beneficiarios del orden actual de cosas, los dueños de la Banca, es elevadísimo...”

Todas estas son palabras pronunciadas por José Antonio Primo de Rivera. No ha existido en nuestra historia movimiento político, ético y estético como el que él lideró, cuya argamasa ideológica, la que daba cuerpo a los principios y valores que propugnaba y por los que quiso luchar, estuviera tan cimentada en el hombre, en el individuo como ente dotado de dignidad y espiritualidad.

La película fue prohibida por la censura en el 63, año en que se terminó de rodar, posteriormente se autorizó con Fraga en el 65, tras suavizar varios diálogos, pero aquellos vaivenes con la censura hicieron que no se estrenara más que de tapadillo y dos años después del fin de su rodaje, en los cines Buenos Aires de la ciudad de Bilbao, y no en la capital u otras grandes ciudades y que no estuviera en pantalla más que unos pocos días. Luego desapareció del mapa. Solo unos cuantos espectadores habían podido verla.

Sólo el esfuerzo del hijo del actor y director, de su nieta Helena de Llanos y de otras personas, como el también director Fernando Trueba consiguieron que en 2015, fecha en la que se cumplían cincuenta años de su estreno, decenas de salas por toda España logaran dar a “El mundo sigue” el gran estreno que nunca antes había tenido y que muchos espectadores, que no tuvieron la oportunidad de verla en su día, no sólo recuperaran las imágenes rodadas por Fernán Gómez sino las palabras escritas por Juan Antonio de Zunzunegui, tan premiado en vida, tan olvidado hoy.

Como se pretende hacer olvidar a uno de los mejores españoles de todas las épocas. Aquel del que dijo en 1956 Rosa Chacel, siendo como era una republicana exiliada en Argentina, tras haber leído de un tirón trescientas páginas de sus obras

completas: “Dos cosas son increíbles; una, que todo eso haya podido pasarme inadvertido a mí, en España, y otra que España y el mundo hayan logrado ocultarlo tan bien. Porque no me extraña que llegaran a matarle: estaba hecho para eso, y para que después de muerto se haya hecho el silencio sobre su caso...”.

Un español que inspiró la obra de Zunzunegui como la de tantos otros, hoy ocultos y desconocidos para la mayoría, ese hombre del que el día que escribo estas líneas se cumplen ochenta y seis años de su vil asesinato, de su ejecución, Una vez más, traicionado y utilizado por los de un lado y por lo del otro. Los mismos que siguen traicionando su memoria hoy.

No importa, seguirá entre nosotros su memoria, su inspiración y su ejemplo. Ya lo dijo el gran Luys Santa Marina en su “Hacia José Antonio”: “Contra toda lógica humana, con el fluir del tiempo, que de días hace años casi sin sentir, José Antonio se enraíza más y más en nosotros y su figura se agiganta, presente cada vez más en nuestra vida, actual, eterno, vencedor del tiempo (.....) para ahondar su huella en el alma de España.....”

5

Unidad, nación, soberanía

Hughes para El Mundo

Aunque hay asociaciones, fundaciones y personas dignas de aplauso dedicadas a algo parecido, urge en España la creación de un movimiento nacional alrededor de tres conceptos: la unidad, la nación y la soberanía. La palabra movimiento remite a algo dinámico, expansivo, popular, aglutinador creciente, y las tres palabras serían tres momentos de ese movimiento.

Primero, la unidad, que no basta con defender en momento numantino urgentísimo, habría que dotarla de sentido, hacerla suelo y fundamento de algo. Segundo, la soberanía, el poder, que debe ser recuperado de manos de organismos y países extranjeros, partidos políticos y oligarquías. Esta reconquista se enfrentaría al propio Estado, que somete, y no al contrario, a la nación. Esa tercera palabra. nación, nos lleva a un momento revolucionario: la soberanía debe ponerse en sus manos.

Desembocaríamos en una forma de nacionalismo, pero no con el ismo inflamatorio, años 30. que siempre denuncian los enemigos de la nación, sino con un sentido de doctrina, propensión dedicación... pues la nación debería ser recuperada como sujeto político, pero también defendida, explicada, proyectada, matizada y articulada políticamente por la vía de la elección popular del presidente y, por otro

lado, del diputado de distrito en elecciones legislativas. La Nación como contrapeso al Estado, expresada, a su vez, en dos poderes distintos y separados. ¡Ser nacionalistas a fuer de demócratas! La nación como condición necesaria de democracia. También por un sentido instrumental, porque las próximas arremetidas del independentismo vendrán disfrazadas de eso, de democracia; ese será su argumento.

El patriotismo es una virtud moral, y no es suficiente. Es necesario implicar, estimular, incentivar a la gente. Tiene que haber también un momento contractual: pedir participación a cambio de dar poder: usted podrá decidir más de lo que decide. Esta iniciativa debería estar por encima de ideo-logías, quedarse en el instante previo (el poder español y su organización) para que luego se pueda discutir todo lo demás en nuevas condiciones de libertad. Tampoco se pueden ganar todas las batallas, todos los debates, y menos ahora. Si lo fundamental es la cuestión nacional, lo ideológico debe sacrificarse, también la organización territorial.

Este nacional-democratismo español no debería identificarse con el centralismo, ni con forma administrativa alguna y debería estar abierto, incluso, a la singularidad de partes de España.

El movimiento, abierto a izquierda, derecha y exteriores al sistema, debería ser un lugar de excelencia española y no de zascandileos ni arribismos: hidalguía, sacrificio, lealtad, y un quijotismo exigente que nos proyecte desde la región hacia la universalidad hispana, hacia ideales 'Españas, que nos libere del ensimismamiento y nos abra al mundo. Todo esto no es fácil, pero lo necesitamos.

6

El álbum que unió a José Antonio con Lorca y Machado

Víctor Fernández para La Razón

Federico García Lorca y José Antonio Primo de Rivera, tan diferentes el uno del otro, nunca se conocieron. Es más, el poeta evitó y se esforzó siempre en no toparse con un político por quien no sentía una especial simpatía. Sin embargo, lo que no podía imaginar el poeta granadino es que compartiría páginas de un álbum, uno de los más valiosos que existen en la actualidad, con el fundador de Falange cuando este ya estaba en la cárcel.

Eso es lo que encontramos en un álbum insólito, un documento de primer orden que se guarda en la actualidad en manos de un librero de Barcelona. Se trata de un cuaderno en el que se recogen materiales manuscritos de algunos de los nombres más importantes de la historia española, tanto desde un punto de vista político como

cultural, entre los años 1922 y 1943. El propietario de este documento, que prefiere quedar en el anonimato, ha permitido que este diario pueda revisar las páginas de un cuaderno recopilado por Margarita Rosales Sanz quien se dedicó con paciencia a seguir a militares, políticos, miembros de la realeza, religiosos y diplomáticos. Igualmente dedicó una especial atención a acercarse a algunos de los nombres más importantes de la literatura de su momento, desde poetas a humoristas, desde dramaturgos a ensayistas. El conjunto sigue impresionando muchas décadas después.



Probablemente uno de los documentos más llamativos es una rúbrica de José Antonio Primo de Rivera en la que el político fascista traza una serie de barrotes, una manera de remarcar que en aquel momento estaba en prisión. El hijo del dictador Miguel Primo de Rivera fecha la hoja en la cárcel Modelo de Madrid el 28 de marzo de 1936. Hacía dos semanas que

había sido arrestado por posesión ilícita

de armas. Se desconoce cómo Margarita Rosales logró acceder al detenido, pero lo que es seguro es que tenía buenos contactos entre los políticos de derechas, como lo demuestra la presencia en su cuaderno de José Calvo Sotelo, José María Gil Robles, Antonio Goicochea, Raimundo Fernández Cuesta o Rafael Sánchez Mazas. No aparece ningún dirigente de izquierdas.

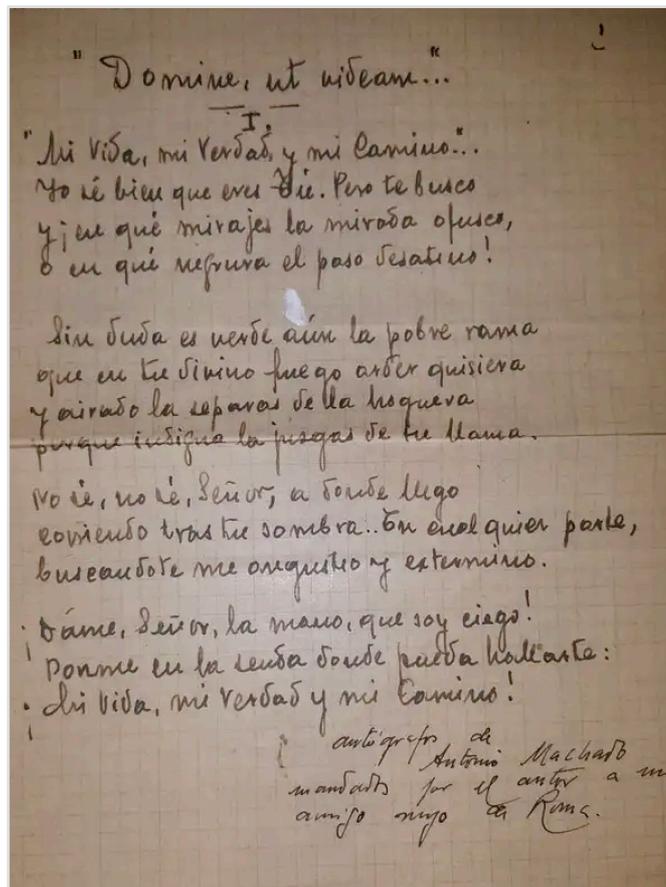
En cambio, sí hay un importante número de escritores de izquierda en el álbum. Algunos casos son insólitos, como es el de Antonio Machado. De él se conserva una cuartilla con el manuscrito de un poema titulado «Domine, ut videam». Es la composición que contiene los versos que empiezan "Mi Vida, mi Verdad y mi Camino..."/ Yo sé bien que eres Tú. Pero te busco/ y ¡en qué mirajes la mirada ofusco,/ o en qué negrura el paso desatino...!». Cuando Rosales Sanz le pidió a Antonio Machado que le aportara algún manuscrito, el autor de Campos de Castilla no optó por una de sus composiciones sino por una de su hermano Manuel. Por cierto, Rosales Sanz no accedió directamente al poeta sino que lo hizo mediante un amigo común que se encontraba en Roma. Machado envió su texto a este contacto.

Siguiendo las páginas, encontramos a Federico García Lorca quien se limitó a casi dibujar su firma y fecharla en el Madrid de 1935. Es uno de los momentos más interesantes creativamente en la vida de un poeta que pasaría buena parte de ese año viajando, especialmente a Cataluña para estrenar su obra «Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores». Que la coleccionista accediera al autor de «Romancero gitano»

no debió serle difícil si tenemos en cuenta la accesibilidad que siempre demostró el granadino. Seguramente a Lorca le debió gustar la idea de que Margarita Rosales ya hubiera logrado documentos de Jacinto Benavente, Giovanni Papini -quien publicaría años después una entrevista falsa con el autor de «Yerma» en su libro «El cuaderno negro»- o Juan Ramón Jiménez.

De este último podemos encontrar los primeros versos de un poema que el que fuera Premio Nobel fecha en 1936, antes de que decidiera marcharse del Madrid de la guerra, la ciudad de la que huyó cuando empezaron a molestarlo milicianos.

Si seguimos mirando el cuaderno nos topamos también con algunos de los principales protagonistas de la conspiración contra la Segunda República, como los generales Mola o Millán Astray. Llama también la atención que en ese momento bélico, concretamente en 1937, el desterrado rey Alfonso XIII, enviara unas líneas a la coleccionistas desde Roma, la ciudad en la que residía.



7

La huella imborrable de José Antonio en Alicante

José Luis Fernández para ABC

A veces, se utiliza el término «huella imborrable» como tópico para poner de relieve el legado inolvidable de un persona para una ciudad. En el caso de José Antonio Primo de Rivera y Alicante, la expresión puede considerarse literal: la silueta de su cuerpo en la fosa donde le enterraron tras su fusilamiento quedó esculpida en piedra por un farmacéutico alicantino.

El relato de Teresa Duval Granell, difundido en internet desde Valencia en 2019, describe en detalle aquel episodio anecdótico y poco conocido: «El 4 de abril de 1939, tres días después de la liberación de Alicante, su hermano Miguel decidió sacarlo de la

fosa para enterrarlo. Cuando levantaron el cadáver vio que, en la tierra, se había quedado marcada la silueta del cuerpo de José Antonio y decidió petrificar la silueta de su hermano y enmarcarla. Recordó que su amigo Salvador era farmacéutico y le encargó petrificar la huella».

Aquel trabajo artesano para inmortalizar de alguna manera al personaje histórico, homenaje privado a petición de su hermano Miguel Primo de Rivera, fue obra de Salvador Campderá Sala, que compartió celda con este familiar directo, que también estuvo encarcelado y después de la Guerra Civil fue ministro de Agricultura y Embajador en el Reino Unido, durante la dictadura de Francisco Franco.

Una biznieta de aquel farmacéutico, María Luisa Campderá, proporciona con su testimonio esta información de lo ocurrido inmediatamente después de aquella ejecución controvertida que cambió la historia de España.

«Al ser descubierta la tumba, dejó ver, cinco cadáveres. El del fondo resultó ser el de José Antonio. Sobre él yacían dos tradicionalistas y dos falangistas. En la tumba, de tres metros de profundidad, el cuerpo de José Antonio dejó sobre la tierra una huella, que perdura. Oscila entre los veinte y los treinta centímetros», añade el mismo documento de Duval Granell, que cita en este caso la obra «La tumba de José Antonio», de Juan Hernández Petit (1939).



«Al ser descubierta la tumba, dejó ver, cinco cadáveres. El del fondo resultó ser el de José Antonio. Sobre él yacían dos tradicionalistas y dos falangistas. En la tumba, de tres metros de profundidad, el cuerpo de José Antonio dejó sobre la tierra una huella, que perdura. Oscila entre los veinte y los treinta centímetros», añade el mismo documento de Duval Granell, que cita en este caso la obra «La tumba de José Antonio», de Juan Hernández Petit (1939).

Aunque por una circunstancia triste y macabra, ese hacinamiento de cadáveres en una fosa común favoreció que se luego se pudieran ver con más precisión los rasgos físicos del cuerpo, al incrustarse más en el suelo de la fosa. «Esto, que a primera vista parece natural y lógico, por el peso de los otros cuatro cadáveres, resulta

providencial si se equipara con casos distintos de semejantes características», señala el mismo autor. El PSOE pide retirar cualquier vestigio

La fosa se puede visitar en Alicante, aunque actualmente el PSPV-PSOE ha presentado una moción en el Ayuntamiento para retirarla, así como cualquier vestigio de Primo de Rivera en el cementerio municipal, en aplicación de la Ley de Memoria Democrática. Se debatirá en el próximo Pleno municipal. No es la primera ocasión en la que los socialistas lo piden, aunque anteriormente sin apoyarse en esta nueva normativa.

Ajena a cualquier polémica política, la descendiente de aquel farmacéutico y escultor para la ocasión, recuerda con satisfacción aquellas vivencias de su familiar. «Aunque mi bisabuelo y yo no tengamos nada que ver con las ideologías falangistas, me enorgullece que mi bisabuelo haya participado, de alguna manera, en la historia de España», se confiesa en este documento titulado «Compartiendo celda con Miguel Primo de Rivera».

8

Los fusilamientos de 1942; el final del falangismo

Gustavo Morales para El Debate

Pérez de Cabo trabajaba en Auxilio Social de Valencia. Vendió en el mercado negro unas partidas de trigo para financiar la Falange clandestina. Armando Romero indica que fue el general Varela, deseoso de acabar con la insolencia falangista quien le descubrió y forzó su condena a muerte. En la misma página del periódico que anuncia su ejecución, se publica la concesión de una medalla al valor.

El 16 de agosto de 1942 en el Santuario de Nuestra Señora de Begoña de Bilbao el bilbaureado general Varela asiste a misa por las almas de los requetés del Tercio de Nuestra Señora de Begoña. Tras la misa, centenares de carlistas corearon consignas monárquicas y antifalangistas, se oían gritos de «¡Viva el Rey!», «¡Viva Fal Conde!», «¡Abajo el Socialismo de Estado!», «¡Abajo la Falange!», e incluso «¡Abajo Franco!».

Tres falangistas bilbaínos paseaban con sus novias por las inmediaciones: Berastegui, Calleja y Morton. Gritan «¡Viva la Falange!», y «¡Arriba España!», y son agredidos por los tradicionalistas. Pasaron por la zona otros falangistas, que venían de recibir a repatriados de la División Azul. Eran Jorge Hernández Bravo, Luis Lorenzo Salgado, Virgilio Hernández Rivaduya, Juan José Domínguez, Roberto Balero y Mariano Sánchez Covisa. Viendo la paliza que recibían sus tres camaradas, intervinieron. Domínguez dispersó a los carlistas con bombas de mano. Alfredo

Amestoy cifra el resultado en «70 heridos leves, carlistas en su mayoría. El general Varela, presente, se adjudicó sin razón ser él el objetivo del supuesto atentado». Tres de esos heridos murieron después: Francisco Martínez Priegue, Roberto Mota Aranaga y Juan Ortuzar Arriaga.

Varela prometió venganza, en el vestíbulo del hotel Carlton: «Se hará justicia. Yo me encargo de ello». Varela era más carlista y anglófilo desde su matrimonio con la tradicionalista millonaria vasca Casilda Ampuero.

En el juicio se consideró que la presencia de los falangistas con armas, incluidas granadas, «indicaba su intención premeditada de provocar disturbios». El general Castejón presidió el consejo de guerra y firmó la sentencia el 24 de agosto. Fueron condenados Hernando Calleja, subjefe provincial de Falange de Valladolid; Juan José Domínguez, inspector nacional del S.E.U.; Hernández Rivadulla, periodista, Jorge Hernández Bravo, Mariano Sánchez Covisa... Dos de ellos fueron condenados a muerte: Domínguez y Calleja, que salva la vida por ser caballero mutilado.

Varela explicó el incidente como un ataque falangista contra el ejército y envió un comunicado a los capitanes generales de toda España. La conversación entre Varela y Franco, cuenta Stanley Payne, sobrepasó los límites de las buenas maneras. Los esfuerzos llevados a cabo no sirvieron para salvar a Domínguez. De nada le sirvió su calidad de Vieja Guardia, los servicios prestados antes de la guerra, como el tiroteo de Aznalcóllar junto a Narciso Perales, o en ella, al cruzar repetidas veces de una zona a otra, en misiones de información.

Cuando el obispo de Madrid le pidió clemencia para Juan J. Domínguez, Franco le contestó enigmático que tendría que condecorarlo, pero ha de fusilarle.

Serrano Suñer cuenta que le dijo a Franco: «Desde luego es intolerable que la intervención irresponsable de media docena de falangistas en una concentración en la que se grita ¡Viva el Rey! y hasta –creo– algún ¡Muera Franco!, se presente como una pugna entre la Falange y el Ejército... A ese chico no se le puede matar. Ya sé que por mucho que allí se gritara a favor del Rey, eso no le autoriza a tirar una bomba (...) él no es más que un alocado idealista, y lo hizo además porque creía que iban a matar a un compañero. Hay que castigarlo, sin duda, pero el castigo no puede ser la muerte».



En su testamento, Domínguez justifica la «inconsciencia de Franco y la debilidad impropia de un general». Rechazó un intento de fuga para no perjudicar a Jorge Hernández que estaba aterrorizado.

El 1 de septiembre Domínguez es ejecutado. Previamente pudo coger a su hija de cuatro meses y animar a Celia, su esposa. El falangista Girón facilitó a la esposa de Domínguez la visita en la cárcel y proporcionó a la viuda y a la huérfana un modesto piso de la Obra Sindical del Hogar y una suma de noventa mil pesetas, que ellas, confiesa Celia, supieron estirar durante diez años.

«Cuando fue colocado ante el piquete de ejecución, en el verano del 42, Juan José Domínguez cantaba el Cara al sol. (...). Fue el mismo día que Hitler concedía al «mártir», acusado en España de ser espía británico, la Cruz de la Orden del Águila Alemana», escribe Alfredo Amestoy. La Falange de Bilbao se hizo cargo de sus restos hasta que la familia los trasladó al cementerio del pueblo madrileño de Galapagar.

Serrano Suñer lo explica así: «Lo de Begoña fue un suceso lamentable, pero no hubo ni fuerza ni unión ni para salvar a Domínguez ni para mantener el poder. En aquel momento vivíamos con un dinamismo trepidante, pero Franco, en seguida, se dio cuenta de que esos falangistas que parecían tan intransigentes, los Arrese, los Fernández Cuesta, los Girón, venían a comer de la mano. Y ése fue el principio del fin. El gran amigo de todas las horas, Dionisio Ridruejo, dimitió de todos sus cargos y lo mismo hizo Narciso Perales, Palma de Plata y el tercer hombre en el mando de la Falange después de José Antonio y Hedilla. Fue por eso por lo que yo propuse que la Falange fuera dignamente licenciada».

Celia Martínez, la viuda de Domínguez, reconoce: «Narciso Perales se movió lo indecible, pero con su dimisión el día 29, por la pena de muerte a mi marido, ya no tuvo influencias. Incluso fue confinado».

El 20 de agosto de 1942 Franco preside una concentración falangista en Vigo. Habla de peleas mezquinas, de torpes luchas entre hermanos y se refiere a que en España intentan retoñar pasiones y miserias. Tres días después en La Coruña, el mismo Franco se pregunta «Camaradas del Ejército y de la Falange, ¿habrá diferencias que puedan desunirnos? Evidentemente las había», escribe Laureano López Rodó.

Franco desencadenó la crisis ministerial. El 2 de septiembre de 1942, el general Franco había cesado a Valera en el ministerio del Ejército y a Galarza en Gobernación, ambos habían despachado mensajes a los capitanes generales y gobernadores civiles de toda España sin consultar con Franco y también a Serrano en Asuntos Exteriores.

Por el referido fusilamiento, dimitieran los falangistas Narciso Perales y Dionisio Ridruejo. Franco quiso dar satisfacción a los azules al nombrar al catedrático de Derecho en la Universidad de Barcelona, comandante Blas Pérez González, amigo de Girón, para sustituir a Galarza. Heleno Saña destaca que «Varela era más difícil de sustituir y Franco terminó por poner en su puesto al general Carlos Asensio, que era proalemán, pero muy leal y eficaz».

Franco se deshacía de las espigas más altas de su Gobierno y eliminó alguna presencia molesta para acercarse a los Aliados que empezaban a ganar la Segunda Guerra Mundial.

9

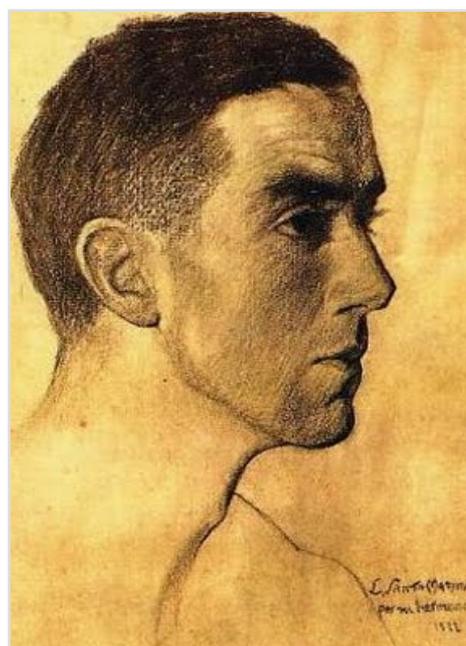
Luys Santa Marina, el escritor maldito

Luis Togores para *La Razón*

La corte literaria de José Antonio estaba compuesta por lo mejor de los escritores conocidos por la Generación del 36. Un grupo único de autores, hoy caídos en desgracia, entre los que se encontraban Rafael Sánchez Mazas, Ernesto Giménez Caballero, José María Alfaro, Eugenio Montes, Luys Santa Marina, Pedro Murlane Michelena, Jacinto Miquelarena, Agustín de Foxá, Samuel Ros y Dionisio Ridruejo. Los diez paladines de la corte política y literaria del fascismo español cuyos rituales siguen ejerciendo sobre nuestra memoria colectiva, más allá de cualquier sentimiento de aversión, condena, simpatía o entusiasmo, una oscura fascinación.

En este increíble y maldito grupo de autores brillaba con luz propia el santanderino Luys Santa Marina (Luis Gutiérrez Santa Marina), quien, dada su visión heroica de la vida, quedó enamorado desde un primer momento por el discurso revolucionario, radical, ultraespañolista de las JONS. Se unió a este antipartido, con una adhesión militar, en 1933, para luego formar parte de Falange Española. Santa Marina vivió en la cosmopolita Barcelona de los años 30, la Rosa de Fuego, muy bien descrita por Pierre Mac Orlan en su novela «La bandera» y magistralmente llevada al cine por Julien Duvivier.

En Barcelona, se juntó con Félix Ros y José Jurado Morales en el Café Lyon, al final de la Rambla, e hizo tertulia con Martín de Riquer, Josep Janés Olivé, Guillermo Díaz Plaja, Xavier de Salas, Juan Ramón Masoliver, Max Aub y [José María de Cossío](#). En



esta fecha, era un escritor con cierta fama, ya maldito, pues había publicado su novela «Tras el águila del César» (1924), libro prohibido por sus duras descripciones de la guerra de Marruecos. Y ya en tiempo de la República, en 1932, su empuje le llevó a fundar la revista «Azor».

El 18 de julio del 36 se incorporó a las fuerzas sublevadas en el cuartel de Pedralbes, al mando de una de las centurias de la Falange catalana. Era el jefe provincial de los falangistas barceloneses y culpable de que estos llevaran camisa azul. El 22 de diciembre del 36 fue condenado a muerte, siendo indultado gracias a sus amigos literarios (Max Aub, Carles Ribas y Josep Janés), a los que ayudaron dirigentes de la CNT. Los falangistas y los cenetistas siempre tuvieron una cierta complicidad, propia de dos movimientos cargados de casticismo hispánico, hoy difícil del comprender, seguramente unidos por su odio a comunistas y socialistas.

Santa Marina llegó a acumular tres penas de muerte. La periodista republicana María Luz Morales (directora de «La Vanguardia» entre 1936 y 1937) fue clave para volver a salvarle la vida por la obtención de un nuevo indulto de una de sus condenas a muerte, iniciativa que contó con el apoyo del consejero catalán y escritor Ventura Gassol de ERC. Estuvo toda la guerra en prisión, pasando de cárcel en cárcel. En el penal de Chinchilla escribió, en 1939, los poemas que compusieron el libro «Primavera en Chinchilla».

En el penal de San Miguel de los Reyes, en Valencia, durante los últimos días de la guerra, lideró un motín de los presos y logró salir a la calle para liberar la ciudad, al frente de los falangistas de la quinta columna, antes de que entrasen las tropas del general Aranda. Una vez terminada la guerra, los falangistas se convirtieron en uno de los pilares del Régimen. Fue nombrado procurador en Cortes al ser miembro del Consejo Nacional de FET y de las JONS; ocupó la dirección del diario «Solidaridad Nacional» hasta 1963 y presidió el Ateneo Barcelonés, colaborando con los semanarios «Escorial» y «El Español».

En 1942 refundó «Azor», y, en 1961, lo hizo de nuevo. Durante la posguerra auxilió a diversos intelectuales republicanos, como Josep Janés o Agustín Esclasans, que corrían riesgo como consecuencia de la derrota del Frente Popular y la represión a sus partidarios. Intervino durante el juicio de Juan Peiró, declarando en favor del ex ministro y ex dirigente anarquista. Intentó salvarle la vida ofreciendo integrarle en los nuevos sindicatos verticales entonces netamente falangistas. Peiró se negó (fue condenado a muerte y ejecutado). En estos años su admiración por el Tercer Reich era total. Asistió, en junio de 1943, junto a Pedro Murlane Michelena, a una conferencia de periodistas organizada por Alemania en Viena en favor del Nuevo Orden impuesto desde Berlín, en la que demostró su admiración por el futuro de una Europa totalitaria.

Fiel a sus creencias falangistas, nunca renunció a su ideario, aunque en sus últimos años de vida se retiró de la política (el tiempo del falangismo había pasado) para centrarse en la escritura y el periodismo. Testimonio de su siempre compromiso falangista, publicó, en 1958, «Hacia José Antonio». Como consecuencia de una grave y dolorosa enfermedad falleció, en Barcelona, el 15 de septiembre de 1980. Vivió y murió en azul, siendo uno de los grandes de la Generación del 36, un escritor siempre maldito.

10

Como un Amadís de Gaula

Federico de Urrutia



¿Dónde está la mano blanca
que en mi camisa bordada
suspiró sobre el Azul
con hebras de sangre y plata?
Sus lirios de carne joven
los ha devorado el alba...
¿Dónde estará aquella novia
que en los senos ocultaba
mi pistola de escuadrista
cuando en la calle asustada
las Hoces y los Martillos
por las esquinas rondaban?
¿Dónde están aquellos ojos,
espejo de mi esperanza?
Sus ojos de verde llanto

los ha devorado el alba.
Cayó en la Casa de Campo
por mi amor asesinada
perfumada de encinares
y brisas de madrugada.
La mataron –porque era
falangista y me adoraba–
cinco fusiles del odio
que en su pecho me buscaban.
La muerte –banderas rojas–
por el encinar vagaba
–tibias con medias de seda–
vestida de miliciana.
Mi nombre se hizo lamento
al salir de su garganta.
Y nadie cerró sus ojos,
y nadie sintió sus lágrimas.
Mañanitas del Retiro,
domingos en la montaña,
noches de alegres verbenas,
tardes de la Castellana.
¡Todo se acabó aquel día
madrileño, con el alba!
¿Dónde están aquellos labios
que mis heridas besaban?
¿Dónde está la mano blanca
que en mi Camisa bordaba?
Los dientes de mi puñal
la buscan en las batallas.
Y cuando el plomo desgarre
la Camisa Azul bordada,
por los lirios de sus manos,
con hebras de sangre y plata.
Caballero sobre el Sol
por el cielo iré a buscarla
con cinco Flechas de luz
como un Amadís de Gaula.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com